



Reseña de GALLEGOS GABILONDO, S., (2018). *Les mondes du voyageur. Une épistémologie de l'exploration (XVIe-XVIIIe siècle)*, Paris: Éditions de la Sorbonne. 383 pp. ISBN 979-10-351-0054-4.

Malena López Palmero*
UBA/UNSAM,
Argentina.
mlpalmero@unsam.edu.ar

Carolina Martínez**
CONICET/UNSAM/UBA,
Argentina.
cmartinez79@gmail.com

Recibido: 07/12/2019

Aceptado: 23/12/2019

PALABRAS CLAVES: relatos de viaje; exploración; epistemología; espacio; especie; tiempo; mapas.

KEYWORDS: travel narratives; exploration; epistemology; space; species; time; maps.

Entre los estudios actuales sobre los efectos de la primera mundialización que tuvo lugar en la temprana modernidad (siglos XVI a XVIII) se destacan aquellos que analizan el impacto cultural en Europa. En *Les mondes du voyageur. Une épistémologie de l'exploration (XVIe-XVIIIe siècle)*, Simón Gallegos Gabilondo propone un original análisis sobre la epistemología de la exploración. Dicho abordaje le permite al Doctor en Filosofía por la Universidad de la Sorbona inquirir en los tipos de conocimiento que

* iD ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3903-3892>.

** iD ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5692-0995>.

se desarrollaron durante el proceso de expansión ultramarina, en una temporalidad de tres siglos marcada entre el Renacimiento y la Ilustración. Gallegos Gabilondo deconstruye la mirada europea sobre América durante la era de las exploraciones, evitando la discusión sobre la verosimilitud de las fuentes y coincidiendo, aunque en última instancia, con las interpretaciones sobre el componente eurocéntrico y los imperativos de dominación subyacentes a toda representación. Su preocupación es comprender esa nueva filosofía que se hizo necesaria una vez que la exploración de América transgredió necesariamente los límites cognoscitivos. El objetivo de este libro es hacer inteligible las complejas relaciones entre representaciones y conceptos haciéndose eco de la historia conceptual, lo que le permite ilustrar aspectos no contemplados por la historia de las ideas (p. 7). Para ello, el autor realiza una historia filosófica sobre la producción del espacio en la era de la exploración, período en el que los relatos de viaje a tierras inexploradas inauguraron un nuevo espacio de enunciación.

Para Gallegos Gabilondo, la singularidad de los nuevos saberes, derivados de los relatos de viaje y de la cartografía, reside en su carácter provisional. Este, a su vez, se deduce de la cualidad de la exploración, que no se define por la presencia de un objeto sino, contrariamente, por su ausencia, por lo que no se conoce y que, precisamente por esa razón, dota a las narrativas de un alto componente especulativo. Ello queda demostrado por un extenso y heterogéneo *corpus* (relatos de viaje, mapas, tratados, ensayos) concentrado en las exploraciones a la América meridional, cuya espacialidad se presenta siempre abierta. Las posibilidades de hallar un continente austral, la creencia en la existencia de seres extraordinarios como los gigantes patagónicos y las distintas reflexiones sobre la temporalidad de una historia universal son los arbotantes del libro. Espacio, Especies y Tiempo, las tres partes que lo componen, tejen una trama de renovación teórica que indaga sobre un nuevo régimen de espacialidad con énfasis en la abstracción y la imaginación (antes que en lo empírico), la conformación de una antropología transida por figuras literarias y a la vez insumo de nuevos enunciados “científicos”, y la cuestión de la temporalidad en la elaboración de una teoría de la historia universal que incorpora al hombre americano y que por ello interviene en el debate entre antiguos y modernos.

En los seis capítulos que integran la primera parte del libro, el autor aborda el vínculo entre la epistemología de la exploración (i.e. el conocimiento del mundo

desplegado en textos cartográficos, relatos de viaje, proyectos coloniales y tratados de cosmografía y navegación) y las sucesivas representaciones del espacio terrestre. El mapa deviene su dispositivo privilegiado de análisis pues, según Gallegos Gabilondo, da cuenta del impacto de la especulación en las formas de imaginar el espacio geográfico y, por ello, permite reconstruir las transformaciones en la representación del mundo temprano-moderno.¹ Más allá de privilegiar el período que transcurre entre el Renacimiento y la Ilustración, la referencia al saber clásico resulta ineludible en este sentido. Las referencias al mapa de Anaximandro de Mileto (s. VI a. C.) y a las hipótesis sobre las antípodas expresadas por Diógenes Laercio (s. II d. C.) constituyen un punto de partida desde donde pensar el desarrollo de una epistemología de la exploración en la era de los grandes descubrimientos. De igual forma, la coexistencia de una tradición cuantitativa y una cualitativa para describir el globo terráqueo (encarnada en las figuras de Ptolomeo, s. II d. C., y Plinio el Viejo, s. I d. C., respectivamente), o la pervivencia de ciertas teorías en torno a las zonas climáticas, la esfericidad de la tierra y la ubicación del Paraíso terrestre, permiten al autor reflexionar en torno a los cambios y continuidades en las representaciones del mundo respecto de la tradición antigua y medieval. Tal como lo demuestra en el capítulo II, el relato de viaje temprano-moderno permite invalidar ciertas hipótesis (i.e. la inhabitabilidad de la zona tórrida, etc.) y confirmar otras.² La apuesta más fuerte de esta primera parte es, sin duda, la aseveración de que es el relato de viaje el que construye el espacio cartográfico y no al revés (p. 37). El relato de exploración se vuelve entonces materia prima de los cartógrafos, pues son las experiencias de los viajeros las que dan forma al pensamiento geográfico, al tiempo que allanan el espacio por descubrir. El vínculo entre Américo Vesputio y Martín Waldseemüller es, en este sentido, el ejemplo más claro de cómo un relato producido a partir de una experiencia de exploración es integrado en un mapa para orientar su mirada.³

¹ A lo largo de esta primera parte analizará las producciones cartográficas de Johan Schoner (1515), Franciscus Monachus (1529), Oronce Fine (1536) y Gerardus Mercator (1538), entre otros.

² La aseveración de que, en la era de los grandes descubrimientos, el relato de viaje se volvió un testimonio de autoridad respecto de espacios aún desconocidos permea la totalidad de la primera parte (p. 63).

³ Bajo el título *Quatuor Navigationes*, los relatos de Vesputio fueron incorporados a la *Cosmographiae Introductio* (1507) de Martin Waldseemüller junto a un mapamundi en el que el topónimo América era utilizado por primera vez.

Del conjunto de temas abordados en esta primera parte, el caso de las Antípodas y de la tierra austral incógnita, en particular, evidencian la aparición de una nueva epistemología de la exploración. El autor centra su atención en las ambiciones coloniales de Francia respecto de aquella parte del mundo desconocida que, sin embargo, tiene una fuerte presencia en los mapas. El análisis de las obras de Lancelot Voisin La Popelinière (1582), Charles de Brosses (1756), el Conde de Buffon (1749-1788) y Pierre Louis Maupertuis (1768), además de los viajes y reflexiones de Jean Paulmier de Courtonne y Jean-Baptiste Charles Bouvet de Lozier en los siglos XVII y XVIII, da cuenta de cómo exploración y conquista a menudo se entrelazaron en producciones textuales diversas. Gallegos Gabilondo aclara, sin embargo, que “la significación y las condiciones del espacio geográfico exceden aquellas del colonialismo, en el sentido de que el poder no produce jamás un conocimiento a la medida exacta de sus ambiciones” (p. 76).⁴ Esto no significa que los mapas de lugares desconocidos pertenezcan al mundo de la utopía. Antes bien, señala el autor, responden a una lógica propia que los aleja de ese género literario: “los relatos de viaje y los tratados de navegación se inscriben bajo el concepto de realidad no garantizada” (p. 114).

Hacia el final de esta primera parte Gallegos Gabilondo plantea que tanto las circunnavegaciones de los años 1760-1770 como el alejamiento de la escritura humanista por parte del discurso geográfico parecieran haber clausurado el desarrollo de una epistemología de la exploración. Si hacia fines del siglo XVIII empíricamente quedaban ya pocos espacios por descubrir, en términos teóricos el saber geográfico atravesó un proceso de disciplinamiento análogo al que en este período experimentaron otros saberes. Más allá de esto último, la primera parte, *Espacio*, concluye con lo que podrían llamarse las derivaciones de aquel saber producto de la navegación transoceánica. Por un lado, el estudio del proyecto baconiano demuestra la persistencia del modelo de exploración del mundo construido por los viajeros temprano-modernos. Francis Bacon, sostiene el autor, construyó su método en base a la ciencia del navegante (p. 123). Por el otro, la reescritura constante del texto cartográfico y el desarrollo de nuevas técnicas de navegación pueden hallarse en la base del pensamiento de Jean le

⁴ Más adelante, el autor vuelve a insistir en el hecho de que la exploración no puede ser pensada únicamente como la medida de las ambiciones políticas y económicas del colonialismo (p. 117). Todas las traducciones han sido realizadas por las autoras.

Rond D'Alembert y en su colosal proyecto enciclopédico “en la medida en que la *Encyclopédie* contiene artículos así como el mapamundi contiene los mapas específicos del globo terráqueo” (p. 138).

La segunda parte, *Especies*, analiza las indagaciones de la naturaleza del hombre americano, tomando como eje el tópico de los gigantes de la América meridional. Retomando la analogía entre un mundo incompleto y la provisionalidad del conocimiento, tanto en la elaboración de los relatos de los viajeros como en la de tratados, propone un nuevo abordaje para la producción de un conocimiento de tipo antropológico entre los siglos XVI y XVIII. Acorde con una teoría que gira en torno a la provisionalidad del conocimiento durante la era de las exploraciones en la temprana modernidad, Gallegos Gabilondo propone una metodología específica para el estudio de los relatos de viaje y las representaciones cartográficas y pictóricas. La “prosa de la exploración” es indagada no por los criterios de validación sobre su carácter ficcional o verídico sino en tanto testimonios de un proceso de construcción del saber, siempre provisorio, de una geografía y unas poblaciones desconocidas. De allí la importancia de atender a las condiciones históricas de enunciación y a la solidaridad de saberes entre los relatos de viajes, la literatura y los mapas. De esta manera, se complejiza el análisis sobre la mirada europea sobre América, tradicionalmente emplazado en las herencias culturales de extracción bíblica y clásica. A ellas se le agregan, entonces, otros cruces: entre los relatos de viaje y la literatura de ficción contemporánea, entre distintos relatos de viaje, o entre estos y la cartografía. De este modo, la epistemología de la exploración se enfoca en la producción de saber, los desplazamientos teóricos y las dinámicas de apropiación discursivas (p.146), junto con un tipo de circulación de ese conocimiento especulativo y tan incompleto como lo es, para ese entonces, la exploración del mundo.

En los relatos de viaje, y más aun en los mapas, se cuelan los componentes fantásticos en el intento de traducir la novedad de las tierras exploradas. La experiencia del viaje dota de autoridad al testimonio, que contribuye con el conocimiento de una geografía potencial y de las sociedades posibles de hallar, sobre la base de informaciones disponibles, de suyo insuficientes. El espacio y la especie son inseparables a la hora de la formación de “ideologías coloniales” (p. 153) que tienen como horizonte último una pretensión de dominación (p. 149).

Los relatos de viajes de Colón, Vesputio, Magallanes son expresión de ese intento de traducción de la especie, en particular de un tipo de hombres fantásticos: los gigantes. Apoyándose en la ya muy discutida tesis de Tzvetan Todorov sobre las retrospectivas literarias (p. 166) en las descripciones fantásticas de Colón, Gallegos Gabilondo propone recrear la genealogía de textos que componen la construcción de lo real. El caso de Vesputio le permite trazar una analogía entre el tópico de la desnudez (como expresión de la fórmula colonial de “tabula rasa”) y la ilimitada disponibilidad del territorio (p. 171), lo cual demuestra que el pensamiento no es necesariamente lógico, sino una suerte de saber provisional que pondera la experiencia del viaje, tensionando los saberes heredados pero no tanto por su condición de descriptor de lo real, sino como dispositivo de un intento de apropiación del nuevo espacio conocido. En el poder nominativo del viajero se filtran los componentes fantásticos que sedimentarán, capa sobre capa, la epistemología de la exploración, tal como ejemplifica el topónimo “Isla de los Gigantes” que Vesputio eligió para Curaçao (p. 174). Por su parte, los expedicionarios de Magallanes recurrieron al *topos* de los gigantes no por un apego a la tradición clásica, sino como un intento provisional de explicar la especie fueguina desde un punto de vista antropológico, no exento de filtraciones literarias, como las de las novelas de caballería⁵.

Los vínculos intertextuales muestran de este modo la coexistencia entre las letras y las ciencias en la cultura humanista, proximidad textual “considerada en épocas sucesivas como relativa a dominios separados” (p. 186). La figura del gigante permite trazar una línea de continuidad de los saberes sobre el nuevo continente americano, con reapropiaciones sucesivas tanto en autores de historias naturales,⁶ cartógrafos,⁷ y viajeros posteriores que contribuyeron con su propagación. De este modo, se afirma una apropiación científica de un relato atravesado por el componente fantástico, sin caer por ello en una contradicción. Antes bien, se trata de la característica específica de esta nueva epistemología de la exploración, de indagación de aquello que está “a medio camino entre lo conocido y lo desconocido” (p. 194). Como demuestra el caso de *La*

⁵ Gallegos Gabilondo encuentra en la etimología del término “patagón” la novela *Primaleón* (1512), atribuida a Francisco Vázquez.

⁶ Sus ejemplos son los gigantes del mapa de Sébastien Münster (1540) y el de Diego Gutiérrez (1562) (p. 193).

⁷ André Thévet con su *Singularités de la France antarctique* (1557) (p. 190) y Gonzalo Fernández de Oviedo con su *Sumario de la natural historia de las Indias* (1526) (p. 188) convalidaron la existencia de gigantes, el primero en la América austral, el segundo en Curaçao.

Historia natural y moral de las Indias de José de Acosta (1590), el componente teológico del jesuita se funde con la historia y la filosofía a la hora de trazar una historia monogenética de la población de América, cuyo método será hipotético en la medida en que se guía por una lógica “posibilista” (p. 206).

Si el *basso continuo* del libro es que la exploración y el conocimiento crecieron en medida equivalente, ello se manifiesta en la aparición de formulaciones racionales, desde el siglo XVII y más acentuadas en el siglo XVIII. Sin embargo, ello no se traduce en una descalificación decisiva de los saberes antiguos, los provenientes de los Padres de la Iglesia o de los viajeros. Antes bien, la combinación, yuxtaposición y apropiación selectiva de saberes mostró su permanencia durante los siglos XVII y XVIII, tal como se evidencia en la “controversia ‘gigantológica’” (p. 209), mantenida entre el médico Nicolás Habcot (1613) y el anatomista Jean Riolan (1614) en la Francia del siglo XVII. En el siglo XVIII, una “gigantología” con tintes teológicos tendrá sede en España a partir de las obras de José Torrubio y de Francisco Javier Clavijero, mientras en Francia ciertos relatos de exploraciones australes -en particular el del científico Amédée-François Frezier y el del inglés John Byron- reavivaron el debate. El más célebre fue el mantenido entre el naturalista George Luis Leclerc, conde de Buffon y el filósofo holandés Cornelius De Pauw, en el que el escepticismo del primero alcanzó apenas para admitir una estatura más baja (aunque tan inverosímil como 2,60 m.) para los “patagones” (p. 241), mientras que el segundo negó la existencia de gigantes solo por dotar de coherencia argumental a su tesis sobre la degeneración de América y los americanos (p. 252).⁸

Todos estos debates contribuyeron a una reafirmación de la existencia de gigantes en la América meridional, independientemente de los interrogantes que guiaron la discusión, sean teológicos (América se pobló antes o después del Diluvio?) o con pretensiones científicas. De este modo, Gallegos Gabilondo colabora de forma contundente con la crítica del pensamiento ilustrado en tanto dominado por parámetros racionales. Su epistemología de la exploración emplazada en el *topos* de los gigantes

⁸ El autor se apoya para ello en la crítica que Antequil-Duperon sobre la obra de De Pauw, remarcando que los prejuicios que llevaron a afirmar la degeneración de la naturaleza de América es lo que explica la negación de los gigantes, en tanto seres de estatura extraordinaria incompatibles con sus fundamentos (p. 262).

logra demostrar que todavía en el Siglo de las Luces dominaba un saber “posibilista”, con más dudas que certezas ancladas en aproximaciones racionales y/o experimentales.

La tercera y última parte, Tiempo, toca una cuerda sensible de la discusión sobre el impacto de América en Europa y que gira en torno a las edades del mundo. Acudiendo a una metodología interdisciplinaria que incluye imágenes (en particular los grabados elaborados y publicados por Théodore de Bry en su colección *Americae*) y tratados filosóficos (el de Giambattista Vico, 1720), interviene en el estudio del nacimiento de una historiografía atada al curso de la exploración. A partir de su apoyo argumental, el cual traza una línea de desarrollo paralelo entre exploración y epistemología, Gallegos Gabilondo afirma que durante la era de las exploraciones de la temprana modernidad “resurge la idea de un avance del tiempo histórico según el cual el devenir del mundo es un movimiento previsible” (p. 272). En esa idea, de la que se puede agregar que tampoco es lineal ni exenta de contradicciones, abrevó el debate de los enanos modernos sentados sobre los hombros de los gigantes de la antigüedad clásica. La ambigüedad de la fórmula permitió al humanista español Juan Luis Vives equiparar a los modernos con los antiguos, mientras otras lecturas bregaron por la superación de los primeros sobre los segundos. En todo caso, la fórmula acompañó un proceso de secularización y racionalización del pensamiento por sobre la autoridad teológica (p. 279). El problema de datar la aparición de los gigantes en una historia universal también implicó tomar distancia de los antiguos, como lo hiciera Jean Chassanion (1580) para terminar argumentando sobre la acción de los “diluvios” y su incidencia en el tamaño de las poblaciones. Así, Gallegos Gabilondo logra eficazmente demostrar que, aunque los principios racionales iban ganando terreno, tanto como lo hacían los viajeros con sus exploraciones, la vigencia del mito de los gigantes develaba todavía su carácter incompleto, provisorio, flexible.

Hacia el final de esta tercera parte, la figura del gigante es asociada a las propuestas del filósofo de la historia Giambattista Vico sobre los orígenes de la humanidad. Si bien Gallegos Gabilondo reconoce que ni el estatus geográfico del continente americano ni el impacto de su descubrimiento o su incidencia en el desarrollo de la historia son cuestiones centrales en la obra del filósofo napolitano (p. 311), destaca su incidencia en los fundamentos de Vico acerca de una “naturaleza común de las naciones”. El examen minucioso de *Scienza Nuova* (1725) revela las

múltiples formas en que la figura del gigante fue apropiada por Vico para cumplir una función estructural en la “arquitectura” de su pensamiento (p. 320). Ahora bien, el gigante no solo es un personaje conceptual que permite al filósofo especular sobre los orígenes y desarrollos diversos del género humano. Se trata también de una figura histórica, pues Vico apela a su existencia en la antigüedad clásica y a su presencia en una América meridional contemporánea para comparar otros espacios y tiempos del desarrollo humano. La epistemología de la exploración se hace presente una vez más cuando, en base a la experiencia de los viajeros, el filósofo napolitano sostiene que los gigantes americanos son la prueba de que el tiempo histórico no es homogéneo (p. 321). El análisis del corpus vichiano así como de las obras de La Popelinière, Bacon y D’Alembert, que el autor retoma hacia el final de esta tercera parte, evidencia las múltiples formas en las que el tiempo histórico determina el régimen de espacialidad. Con habilidad, el autor demuestra que, en el período que transcurre entre el Renacimiento y la Ilustración, a las tensiones entre lo nuevo y lo antiguo, debió agregarse el factor de lo inexplorado, componente vital de los sistemas de pensamiento que se desarrollaron a la par (p. 327).

Les mondes du voyageur concluye con una breve síntesis de las manifestaciones geográficas, antropológicas e históricas que, en las tres partes que componen el libro (Espacio, Especie y Tiempo), dieron sustento a una epistemología de la exploración. Aunque la elección de *exempla* resulta por momentos aleatoria, queda claro que ese régimen de espacialidad transcurre en un arco temporal que se inaugura con la era de las exploraciones y la transformación imprevista de la estructura del mundo, y culmina con el fin de la República de las Letras y el nacimiento de un lenguaje científico, técnico y especializado en la segunda mitad del siglo XVIII. En este recorrido se destaca la evocación de la experiencia como nuevo criterio de autoridad. Debe agregarse, sin embargo, que ese nuevo lenguaje todavía arrastró -e incluso se alimentó de- componentes imaginarios propios del saber antiguo, bíblico y moderno, asociados a un tipo de exploración que mantuvo sus lógicas propias de validación autoral. Tal como queda demostrado en el texto, en su doble condición de discurso y reflejo de una práctica, la literatura de viaje temprano moderna no solo se convirtió en el lugar de enunciación de un saber sobre tierras desconocidas sino que dotó de una dimensión espacial a los conceptos de especie humana y tiempo histórico.